

CAPITULO XIV.

Llegar tarde.

Acababa de dar la última campanada de las ocho, cuando un joven, vestido con el traje militar del ejército español, se dirigía á paso veloz hácia el cuartel en que se hallaban alojados sus compañeros de armas. Las calles estaban solitarias y oscuras como la mansión de los muertos: las puertas y balcones de las casas se veían cerradas, sin que dentro se notara ni el ligero resplandor de una sola luz.

—No parece sino que hemos llegado á una ciudad de cartujos á juzgar por el silencio que en todas partes reina—pensó para sí el joven militar, observando el as-

pecto lúgubre que presentaba la ciudad.—Tras el cansancio, tinieblas y soledad. ¡Y luego dirán que los mexicanos son amables!.... ¡Vaya una amabilidad de dejarnos solos!.... ¡Si hubiera quedado al menos alguna chica guapa!.... Pero ¡quia!.... nada: no se encuentra ni una sola para remedio. Pues señor, paciencia y al cuartel.

Y Ramirez, pues no era otro el joven militar que nos ocupa, violentó el paso, aburrido de recorrer el pueblo sin encontrar alma viviente con quien poner en ejercicio la sin hueso.

De repente vió al extremo de la calle, dos bultos que marchaban en dirección encontrada á la suya, aunque por la otra acera.

—¿Serán faldas ó faldones los que descubro?—dijo algo animado con aquel encuentro.—Si son lo primero, doy por bien empleada mi excursion nocturna y me ofreceré á servirles de caballero; si lo segundo, podré decir á mis compañeros que he visto el tipo de los hijos de esta desierta ciudad.

—Pues son faldas y faldones—añadió al irse acercando;—y si he de juzgar por el

aire, ella debe ser lo que se llama toda una real moza. Pues, señor, véamos si á las apariencias corresponde la realidad.

Y el intrépido cadete, al decir esto, cruzó hácia la acera que los dos personajes traían.

—Parece que ese militar trata de observarnos.

Dijo la mujer en voz baja al que le acompañaba.

—No tengas cuidado—contestó el hombre—si en algo se excede, yo le daré una buena leccion que le ahorrará el trabajo de volver á examinar á las personas.

—No, por Dios: eso seria comprometerte.

—La calle está sola, su cuartel retirado, mi brazo vigoroso, y mi espada con buena punta.

—Sin embargo, prométeme no darte por entendido, si por casualidad te direje alguna palabra picante.

—Haré todo lo posible por complacerte; pero estoy bramando de ira contra esos malditos, desde que nos sorprendieron en la emboscada, y no puedo responder de que

tendré suficiente calma. Si, como habíamos dispuesto, la tropa y la caballería que estaba próxima al sitio de la escaramuza, se hubiera presentado acuchillando, el ejército expedicionario hubiera concluido; pero no llegaron á la hora precisa y todo se perdió.

—Hablemos mas bajo.

—Estoy pronto á obedecerte.

—Pues por de pronto embózate en tu *jongo*, para que no vea que vienes armado.

—Eso me conviene.

Y el desconocido se embozó en su finísima manta, inclinó el sombrero *jarano* sobre los ojos, y agachando la cabeza sobre el pecho para ocultar mejor la cara, pasó rozando con el brazo de Ramirez que alargó cuanto le fué posible el pescuezo para ver el rostro de la dama.

—¡Caramba—dijo para si, cuando la pareja iba á distancia de ocho pasos—no he podido ver mas que un pedazo de su rostro, pero si por el hilo hemos de sacar el ovillo, es una joven hechicera.... *bocato di cardinali!*.... No; pues yo no me quedo á medio acabar la tela; no hay cosa que mas me dis-

guste que los quebrados; ó ver todo ó no ver nada; sepamos dónde vive, que el saber no ocupa lugar.

Y el curioso cadete cambió el frente con una prontitud admirable, y se puso á seguir á la pareja á distancia conveniente, procurando no llamar la atencion de ella.

—Nos viene siguiendo.

Dijo la jóven agarrándose bien del brazo de su acompañante y mirando con disimulo hácia atras, con pretexto de arreglarse un rico pañolon bordado, de Manila, que llevaba, llamado en el país *tápalo*.

—Le has llamado la atencion, y quiere saber dónde vives para hacer el oso paseando tu calle. Y es un cadete bravo.

—¿Le conoces?

—Me he batido con él.

—¿Dónde?

—En la emboscada. Es de pocos años, pero de mucho cuerpo y fornido brazo.

—Y á pesar de eso te he visto con impulsos de arrojarte sobre él, al pasar rozando con su cuerpo.

—Precisamente porque me gusta vencer

á los fuertes; pero ya has visto que á una demostracion que has hecho, me he contenido.

—Te lo agradezco, porque sé que te ha costado un sacrificio.

—¿Qué no haria yo por tí, hermosa? ¿Hay algo que te pueda negar?...

—Hasta ahora no tengo de que quejarme.

—Te amo y te he respetado: amas á otro, y no le he matado, porque tú deseas que viva.

—¿Y no ha encontrado recompensa en mí tu noble proceder?... Cuando te conocí, seré ingénua, te odiaba, Rossi; tu presencia me daba miedo, tu voz y tus miradas me aterraban; pero desde que he notado tu respeto, tus consideraciones hácia mí, y el deseo que en servirme y complacerme tienes, mi corazon se ha ido reconciliando contigo hasta el grado de consagrarte, si no amor, porque mi alma pertenece á otro hombre, sí un cariño íntimo de verdadera amistad.

Rossi disimuló el disgusto que le causaba verse pospuesto á un rival, y exclamó con fingida ternura.

—Aunque aspiro á merecer entero tu corazón, me creo bastante feliz con la distincion que haces de mí, considerándome como un verdadero amigo.

Mientras Rossi y su compañera iban ocupados en este diálogo, Ramirez que los seguia sin apartar la vista, creyó encontrar en el aire del primero algo que, hirió su viva imaginacion.

—Juraria—dijo para sí—que este hombre es el mismo que se batió conmigo en la emboscada.... su cuerpo, su estatura.... Y esa jóven.... si fuese Pilar.... pero, no; imposible.... mi tío me ha contado que ella le odiaba.... Sin embargo.... ¡Ah!.... es preciso averiguar.

Mientras Ramirez iba ocupado con estos pensamientos, Rossi llegó á la puerta de una casa pequeña, á la cual acababa de llamar otro hombre que estaba en la calle.

—Buenas noches, Picaluga.—Dijo Rossi al que estaba en espera de que abrieran la puerta.—¿Has llamado?

—Sí, no deben de tardar en abrir.

—¿Y está todo en casa?

—Todo: mientras las autoridades por temor á los expedicionarios abandonaban la ciudad, yo he metido el contrabando sin riesgo ninguno.

—Perfectamente. ¿Y puedes darme alguna parte de lo que á mí me pertenece, en dinero?

—Como sé que en campaña lo esencial es el metálico, he pedido en una casa inglesa una cantidad que aquí traigo para entregártela.

—Te agradezco infinito. Pero este portero no abre: ¿se habrá quedado dormido?

Y Rossi llamó con toda su fuerza.

Ramirez, interesado en ver la cara de la jóven para dar las señas de ella, se colocó á distancia proporcionada, desde la cual pudiese ver sus facciones, si por fortuna se presentaba con luz el portero.

—¿Quién es?

Preguntó una voz desde adentro.

—Abre, majadero.

El portero conoció la voz y abrió la puerta.

Ramirez fijó los ojos en la mujer que

empezó á sospechar fuera su prima, pero no habia luz ninguna, y la jóven entró sin que lograrse verla el rostro.

Tras ella penetraron Rossi y Picaluga, volviendo el portero á cerrar en seguida la puerta.

El jóven cadete, miró el número de la casa, leyó el nombre de la calle, y se alejó diciendo:

—Es preciso decírselo á D. Andrés: este hombre es su enemigo, y esa jóven no puede ser otra que la víctima obligada por temor á vivir al lado de su verdugo.

Y Ramirez, animado de los mas nobles deseos, se dirigió á toda prisa al cuartel en que habia dejado á su tío.

Entretanto Rossi y Picaluga, sentados junto á una mesa, sobre la cual el segundo habia colocado cien onzas de oro, estaban entretenidos en el siguiente diálogo.

—Con otro contrabando como el que acabo de introducir—decia Picaluga satisfecho del buen resultado de su empresa—podemos dejar yo mi buque y tú las armas, para

vivir en una de las ciudades mejores con todas las apetecibles comodidades.

—Gozamos de la amistad del presidente Guerrero, y esto basta para que en tu barco no se practique registro ninguno escrupuloso, ni trate nadie en mi carrera de entorpecerme el camino.

—¿Y piensas reunirte al ejército muy pronto?

—Mañana mismo: no he venido sino á poner en salvo todo lo que tengo, no sea que si emprendemos algun ataque contra esta poblacion, se les antoje á los gachupines apoderarse de todo lo que encuentren para vengarse.

—¿Y es mucha la fuerza mexicana que se está reuniendo al rededor de Tampico

—Muchísima, y dentro de dos ó tres dias podremos contar con mas de trece mil hombres.

—De suerte que á la expedicion de Barradas se la lleva Barrabás.

—De seguro; ¿qué va á hacer con cuatro gatos enfermos de calenturas?

En aquel momento penetró en el cuarto la jóven que habia entrado con Rossi.

—¿Qué hay?

Preguntó éste al verla.

—Ya están dispuestos los baules, y los mozos esperando para llevarlos á la casa de ese amigo inglés que se ha ofrecido á servirte.

—Vamos allá—dijo Rossi guardando en los bolsillos el dinero que estaba sobre la mesa—los momentos son preciosos y es preciso aprovecharlos.

Poco despues la puerta de la calle se abria dando paso á varios mozos cargados con baules, tras los cuales salieron Picaluga, Rossi y la jóven.

—Si alguno preguntase por nosotros—dijo el primero dirijiéndose al portero—conteste vd. que hemos salido, pero sin decir á dónde.

—Está muy bien, señor amo.

Y el portero cerró la puerta en cuanto se alejaron.

No habria trascurrido media hora de esto, cuando Ramirez y D. Andrés, llenos de

esperanza y de impaciencia, se acercaban á la casa en que el cadeté habia visto entrar á la jóven.

—Por las señas que me das de su cuerpo y de su aire—decia D. Andrés apresurando el paso para llegar pronto—sospecho que no es ella. Sin embargo....

—Pronto saldremos de dudas.

—Pero esa familiaridad con que dices iba con Rossi, me asusta.... ¡Si fuese ella y la encontrara indigna del aprecio de las gentes honradas!....

Y D. Andrés se estremeció con un horrible pensamiento.

—No anticipemos males con funestas conjeturas.

—Tienes razon.

—Ya hemos llegado: llamaré.

Y Ramirez tocó la puerta: D. Andrés se puso á temblar como el que espera la sentencia que va á decidir de su vida ó de su muerte.

—¿Quién llama?

Preguntó el portero entreabriendo la puerta.

—¿Está el señor Rossi en casa?

—No señor; ha salido hará como media hora.

—Dígale vd.—continuó Ramirez sin darse por entendido y creyendo que era una excusa—que es un asunto que le interesa muchísimo.

—Pero ¿cómo quiere vd. que le dé tal recado si no está en casa?

—¿Ni la señora que vino acompañada de él?

—Tampoco; han salido juntos en union de su pariente y amigo Picaluga.

—¡Todo se ha perdido!....

Dijo D. Andrés á su sobrino en voz baja.

—Espere vd.—contestó de la misma manera Ramirez; y luego dirijiéndose al portero, añadió:—¿Ha mucho tiempo que vive aquí esa jóven?

—Desde ayer que llegó de México.

—¿Y sabe vd. su nombre?

—Como yo estoy todo el dia en la puerta, lo ignoro.

—Bien; eso nada importa; lo que nos interesa es saber dónde está Rossi, para comunicarle una noticia de suma importancia para él; ¿dónde podremos encontrarle?

—Ignoro á dónde ha ido.

—¿Tardará en volver?

—Lo ignoro tambien; hay veces que no tarda, y noches que duerme fuera de casa. Pero si vdes. quieren pasar á esperarle....

Esta oferta del portero reveló á Ramirez que efectivamente habia salido, y contestó:

—Gracias: volverémos mañana.

—Cuando vdes. gusten.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Contestó el portero, y cerró la puerta.

—Bastaba que yo viniese, para que todo saliera mal.

Dijo D. Andrés abatido con aquel contra tiempo.

—No hay por qué desesesperar; sabemos lo principal, esto es, que vive aquí Rossi, y que esa jóven llegó ayer de México: este es el prólogo, mañana volverémos para enterarnos del segundo acto, y por último, si

es necesario, tomaremos parte en el desenlace.

—¡Quiera Dios que éste no sea desgraciado para mí!....

—No lo será, pero volvamos al cuartel que es ya tarde.

—Sí; marchemos.

Y tío y sobrino, entregados á un diálogo en que el nombre de Pilar se repetía con frecuencia, se alejaron de la calle y penetraban poco despues en el sitio en que descansaban sus compañeros de armas.

CAPITULO XV.

Acciones y escaramuzas.

Tan pronto como el general Santa-Anna, tuvo dispuesta su gente en los buques que habia encontrado en Veracruz, se hizo á la vela, y desembarcó á las pocas horas en la barra de Tecolutla, marchando en seguida á situarse en las Piedras, y por último en Pueblo Viejo, en que formó su cuartel general.

La llegada de Santa-Anna, á quien nombraron general en jefe del ejército mexicano, fué oportuna y necesaria, porque aunque es cierto que de todas partes marchaban las milicias á rechazar á los españoles, carecian de un general que inspirara esa confianza que presta valor al soldado. To-